

**Emiliano Galende**

Naturaleza y Cultura el Salud Mental

La historia del pensamiento sobre el hombre, especialmente en la filosofía, no es lineal ni responde al anhelo de un progreso del conocimiento. A diferencia del conocimiento científico, que sí responde al progreso y al desarrollo de técnicas que hacen útiles sus conocimientos en la vida social, la filosofía y su relación con las disciplinas humanísticas, es una historia en la cual se vuelve siempre a debates y confrontaciones acerca de cómo comprender la vida humana. Durante siglos la idea de la vida giró sobre la distinción entre cuerpo y alma, ambas comprendidas como sustancias. Esta concepción no fue superada por Descartes ni otros filósofos en los comienzos de la modernidad. El sujeto del conocido “cogito” sigue teniendo el sentido sustancial del alma. Entre los elementos de este debate se distingue un eje, un centro, que tiende a resurgir y ha buscado en nuestro tiempo su refugio en la ciencia. Me refiero a la oposición entre comprender la vida psíquica del

hombre y sus comportamientos prácticos con sujeción a los mecanismos biológicos (ahora al funcionamiento del cerebro y especialmente a la sinapsis y las redes neuronales) frente a la autonomía y dominio del sujeto sobre la construcción de su subjetividad, la libertad y creatividad de sus comportamientos, obviamente condicionados por la integridad de su cerebro.

Otro de los debates que desde el siglo XVII se mantiene, y está presente en nuestra actualidad, es acerca del grado de autonomía y libertad que posee el sujeto frente a los determinantes materiales, sociales y culturales, es decir, el “nosotros” de la sociedad y la cultura, con los que debe construir su individualidad, una conciencia de sí mismo (un Yo) que pueda conservar la diferencia con el nosotros de la vida en común y su identidad personal; a esta comprensión se oponen las concepciones de una determinación, una causalidad para algunos autores, donde el sujeto es siempre un nosotros, forma, o tendencia a formar, parte de una masa en la que se

fundes tu Yo en la construcción del nosotros: una misma conciencia, una misma pasión, una identidad de grupo o masa. Esta perspectiva tiende a comprender al sujeto como una “tabula rasa” donde el nosotros inscribe las formas del sentir, del pensar y del actuar. Esta perspectiva tiene su demostración en las experiencias sociales del nazismo y el fascismo, y otras políticas de masa del Siglo XX cercanas a aquellas. De la posición primera se trata del sujeto liberal, de la segunda, diversas experiencias políticas y comunitarias. El psicoanálisis, desde Freud en adelante, ha mostrado que esta tendencia a fundir la conciencia del yo y la identidad personal en el nosotros de la masa o la comunidad, está presente en todo sujeto vinculada al goce y al alivio del ejercicio de la libertad y de la responsabilidad personal en la construcción de la vida.

Comencemos por lo primero: cuerpo y alma, mecanismos biológicos o construcción autónoma del sujeto y su subjetividad en su existencia social, política y cultural. Lo esencial es que no se trata de una oposición sino de una consideración que no niegue o anule la especificidad de ambos, sujeto y cerebro, no equivoque el método de estudio aplicando el de las ciencias naturales a la vida psíquica, que desde Dilthey aprendimos a diferenciar, ni confunda aquello que ya Canghilem diferenció: las normas que regulan los mecanismos biológicos

son internas a lo biológico mismo, las normas que regulan el pensamiento, la construcción de significados y valores, y los comportamientos humanos son sociales y culturales, por lo tanto externas al sujeto que debe incorporarlas, es decir hacerlas cuerpo sin ser cuerpo. El cuerpo forma parte de la naturaleza orgánica, como todos los organismos biológicos tienen leyes propias de construcción, desarrollo y funcionamiento. El cuerpo y todos los órganos que lo integran de los siete mil millones de individuos que habitan nuestro planeta tienen biológica y genéticamente un mismo funcionamiento, es decir son desarrollados morfológicamente y regulados fisiológicamente por las mismas normas. Por eso podemos decir que existe un cuerpo biológico normal y definir entonces las alteraciones a esas normas que constituyen las enfermedades e investigar las causas de las mismas. Desde la postulación de Claude Bernard de una “medicina basada en la evidencia”, se trata de establecer la etiopatogenia, es decir, la causa de la anomalía biológica y la explicación de los síntomas que expresan en el sujeto este desvío de la norma. Son dos principios básicos: la causa es la verdad en el conocimiento de la enfermedad; dicha verdad es universal, esto es, vale para todos los cuerpos humanos, más allá de la singularidad de la relación del sujeto con su cuerpo y su enfermedad. **En la vida biológica rige un principio de identidad**, nuestros cuerpos, más allá de la pertenencia

a una sociedad, una cultura, una raza, un territorio o una época, son iguales, su funcionamiento y la mayor parte de su morfología son idénticas y nos permiten hablar de un “cuerpo normal”. El conocimiento del genoma humano ha afirmado esta identidad universal, y valorizado la capacidad de inclusión de determinantes de la experiencia social y cultural como “epigenético”. Vale agregar que también el cerebro, el órgano más complejo y sustrato de todos los procesos mentales y corporales, es un organismo más de los que componen el cuerpo humano, con sus normas fisiológicas propias. Pensamos con el cerebro pero el cerebro no es causa de nuestros pensamientos. El ejemplo de los actuales psicotrópicos, los psicofármacos, ilustra esta situación: dado que actúan sobre el funcionamiento del cerebro, especialmente la sinapsis, modifican estados de ánimo, emociones, sueño, ansiedades y otras desventuras de la existencia, su utilización responde a principios de universalidad, ya que actúan sobre un órgano biológico que es universal. El efecto sobre la vida del sujeto es diferente ya que las razones de sus síntomas quedan fuera de su acción, resulta evidente que al aplacar el síntoma quitan razones para pensar en ellas. Estas vueltas de la historia que mencioné antes: para algunos pensadores actuales el cerebro ocuparía el mismo lugar de la antigua mitología según la cual los dioses, y no el sujeto mismo, son la causa de los acontecimientos de la vida y

los destinos personales, que por cierto actúan desde el exterior del sujeto.

La construcción de la subjetividad, en la perspectiva de Husserl y la fenomenología, es decir los procesos de construcción de significados, valores, normas morales y éticas, que regulan los comportamientos prácticos y la relación con los otros de trato y sociedad, el lenguaje y los sentidos para la existencia, es siempre los modos en que cada sujeto se integra a la vida en común, a la cultura que habita, a los procesos simbólicos, los intercambios económicos, políticos y de esta integración se modela su sensibilidad, sus emociones y pasiones. Lo que nombramos “sujeto” tiene una historia y una estructura de continuidad y permanencia en el tiempo (no de eternidad), la subjetividad es siempre epocal, actual y cambiante, ya que está ligada a las condiciones sociales y culturales de la existencia y refleja los grados de libertad y autonomía logrados por cada sujeto en relación a las condiciones y acontecimientos que impone la vida social. Cada sujeto es siempre singular tanto en su historia como en los modos subjetivos que expresan su relación con el mundo social, es decir los otros, en que habita. Es obvio, repitiendo lo dicho respecto del cuerpo biológico, que los siete mil millones de habitantes del planeta, desde el punto de vista de la vida psíquica, de su individualidad, de su yo, de su identidad

personal y hasta de su relación con la conciencia individual, se sienten únicos y diferentes de todos los demás. Conocemos el horror del doble. Esto muestra que desde el punto de vista de **la vida psíquica, del yo, la individualidad y la identidad personal, rige el principio de diferencia**. Si los cuerpos de un habitante de África, de Europa o de EEUU, son iguales, sus subjetividades (la lengua, los significados, las historias personales, etc.) se caracterizan por la diferencia.

Esto implica una dificultad que varias escuelas de Psicología han tratado de ignorar: respecto a la vida psíquica las normas son sociales, culturales, de territorio de vida, de formas organizadas de la vida en común, normas que señale como exteriores al sujeto, por lo cual no existen normas universales, como si existen para el cuerpo biológico, y como consecuencia no es posible establecer un sujeto psíquicamente normal. Se pueden establecer formas diferentes, o grados de adaptación al medio social y cultural, pero aun estas formas individuales de construir la relación con lo social y la cultura resultan siempre formas singulares de cada sujeto. Creer y forzar la idea de una persona psíquicamente normal, en la psiquiatría y en varias corrientes dominantes en Psicología, ha traído como consecuencia diversas formas de discriminación: medir con test la inteligencia de los niños para pronosticar sus diferentes posibilidades

cognitivas (cómo observara Foucault), medir los grados de adaptación a la sociedad, definir diagnósticos a partir de estas mediciones. Parece difícil aceptar esta dificultad por las disciplinas psicológicas, que necesitan medir para clasificar y justificar los métodos correctivos de la “anormalidad”. En el terreno de la vida psíquica no hay causas ni explicaciones universales, solo está la existencia real del individuo, siempre singular, y los modos de enfrentar los acontecimientos que perturban la existencia, y también las capacidades de cada uno de construir placer y felicidad. Freud quiso mostrarlo señalando la coexistencia de pulsiones de muerte y pulsiones de vida, siguiendo la vía spinoziana de la voluntad de vivir frente a las pasiones tristes del alma.

El positivismo, desde A. Comte en adelante, quiso reducir lo humano de la existencia a la medida, al cálculo y la clasificación, desde allí al pronóstico como destino personal, cual si la vida y la voluntad de vivir pudieran reducirse a un mundo mecánico. Cuando esta perspectiva ingresa a las disciplinas sociales y psicológicas, lo esencial de lo humano, que es siempre las formas de relación con el otro, la ética y el respeto a la dignidad y la singularidad del otro, corre el riesgo de introducir lo inhumano en las prácticas disciplinares. La psiquiatría manicomial es un ejemplo de esto. Sostener y reconocer la singularidad plena de cada individuo, de

cada existencia, es la exigencia ética de todas las prácticas destinadas al cuidado y la ayuda del otro. Eso es lo que está amenazado con las antiguas y ahora presentes perspectivas de reducir la vida al sustrato natural del cerebro humano, como pretenden el mal uso de las investigaciones de las neurociencias por parte de la psiquiatría biológica e igual intento de aplicación en algunas corrientes de la Psicología.

Individualismo y Masa Narcisista

El segundo eje señalado es el de entender las diferencias entre el Yo conciencia y la identidad personal frente a un Yo nosotros, conciencia e identidad de masa. Revisar este tema es central para fundamentar las estrategias comunitarias actuales, tanto en Salud Mental como en otras ciencias sociales. Como señale antes respecto al regreso o permanencia de ciertos temas en el pensamiento filosófico y las ciencias sociales, dos puntos de referencia, opuestos y separados en el tiempo, son necesarios de revisar. Son las posiciones de J. Locke (1632-1704), filósofo inglés contemporáneo del francés Descartes, y la posición de Schopenhauer (1788-1860), filósofo polaco que vivió en Alemania, cuyas posiciones están presentes o han influido en la obra de Freud, entre otros. Podemos, para simplificar el tema, señalar que el foco del mismo se trata del individualismo y el

anti individualismo (el Yo conciencia autónomo y el Yo nosotros). Ambas posiciones, que aun definen muchos de los temas actuales del individualismo versus lo comunitario, son determinantes a la hora de comprender tanto la concepción de la sociedad como los destinos personales. Preguntarse si hay destinos personales, individuales, en la vida social es indagar sobre los grados de autonomía y libertad del sujeto, o si la vida social y la cultura de masas (que creo define la cultura hegemónica actual) genera un sujeto que podemos llamar consumidor, una suerte de “narcisismo social” (así lo nombra R. Bodei), que atenúa o suprime al sujeto político, individuo capaz de actuar en la transformación de su propia vida en sociedad como a la sociedad misma, tal como se pensó a lo largo de la modernidad.

A los fines de este escrito trataré de sintetizar: Locke parte de afirmar la identidad personal y la autonomía del individuo en los planos psicológicos, políticos y éticos. Por eso es considerado como el fundador de la perspectiva del liberalismo. Afirma, contraponiéndose a Descartes, que no hay sustancia en el sujeto sino relaciones. El Yo y la identidad personal no son una realidad ya dada en cada individuo, se trata del resultado de un trabajo de construcción, un sujeto activo que a través de la conciencia habrá de construir su yo y su identidad en un mundo de relaciones todo a lo largo de su vida

(en *El Yo y Ello*, Freud afirma que el yo está construido por el resto de identificaciones que generan las relaciones significativas a lo largo de la vida, la diferencia entre Freud y Locke es que este último se centra en el trabajo de la conciencia, de un sujeto activo capaz de decidir con libertad). Es la conciencia la que mantiene la continuidad del yo y la identidad personal en el tiempo, para no disolverse en el mundo de sus relaciones, mantener la conciencia de sí mismo en la diversidad de relaciones y acontecimientos a lo largo de la vida. Se trata de un individuo pensante y agente activo que ejerce libremente derechos inalienables que deben ser garantizados por el Estado. Este es el núcleo del “estado liberal” para Locke, que tiene como función precisamente el garantizar esos derechos permitiendo el cuidado de sí mismo que en el fondo es cada uno. El surgimiento del estado liberal es simultáneo con el del sujeto-individuo liberal: libre, autónomo, garantizado por el estado, que cuida de sí mismo sin perderse en la masa.

Schopenhauer, a comienzos del siglo XIX ha de ir en sentido contrario: es tanto escéptico como pesimista sobre el valor de la conciencia y la identidad personal. Desde su perspectiva el yo y la identidad no poseen más consistencia ni realidad que la del entramado de ilusiones que forma el mundo como representación: *“en el corazón de nuestro yo, en lo más íntimo de nosotros y con*

más poder sobre cada uno, encontramos la inconsciente y ciega universal voluntad de vivir”. Somos esencialmente voluntad, desconocidos para nosotros mismos. Nuestra conciencia y nuestro yo no resultan guías autónomas de la vida. Esto es el paradigma de que la conciencia racional no es más que un instrumento de fuerzas más originarias y determinantes. En un tiempo en el cual el debate filosófico giraba en torno a la relación entre las pasiones y la racionalidad, esta posición de Schopenhauer pone en sospecha la conciencia y la racionalidad como sostenes de la autonomía y libertad del individuo. Sobre finales del mismo siglo XIX siguen en parte este camino tres pensadores claves, a quienes Paul Ricoeur ha llamado “los maestros de la sospecha”: Marx, Nietzsche y S. Freud. En los límites de esta editorial no podemos detenernos en esto, se trata sí de entender que esta puesta en suspenso de la capacidad racional, la conciencia reflexiva, la relación con la verdad, el dominio de la ilusión y las ficciones de la imaginación, están en la base de la entrega del individuo a la masa, buscando en la pertenencia al nosotros la certeza que su conciencia (su entendimiento) no puede darle, una creencia, un sentido para su accionar en la vida y el sostén de una identidad a la vez social y personal. No se puede negar el enorme valor que han tenido en la cultura, al menos la occidental, estos tres maestros, pero debemos reflexionar sobre cómo ha incidido este cuestionamiento

a la autonomía de la conciencia, este quitar en parte al individuo sus responsabilidades éticas, morales, políticas, sociales y psicológicas como actor de una vida en común. Creo necesario, y esto vale tanto para la vida social como para los intentos de cuidado terapéutico, no desprestigiar el valor de la conciencia moral y la autonomía intelectual, las formas de pensar y de actuar de cada individuo. En el plano social y político, dejar de lado la responsabilidad del individuo y la autonomía de la conciencia deja abierta una ventana a todos los intentos y maneras (actualmente masivos y potentes) de colonizar tanto la conciencia como el inconsciente, instalando imaginarios banales, ficciones ilusorias, útiles al mercado o la política. Allí están dirigidas todas las actuales tecnologías comunicacionales: lograr una masa de individuos que respalden y soporten esta colonización. En el terreno psicológico y psiquiátrico también funcionan ideologías que suprimen fácilmente el valor de la conciencia intelectual del individuo con sufrimiento mental, dejando afuera su capacidad racional para asumir responsabilidad en su malestar, abriendo la ventana a lo que es una forma de colonización, la creencia performativa de los diagnósticos y el sometimiento voluntario al psicofármaco.

Siguiendo a R. Bodei (Destinos Personales, Italia 2006) para colonizar las conciencias, más aun el inconsciente,

hay que anular la conciencia y devaluar la moral que regula desde la razón los comportamientos prácticos. La anulación de toda autonomía personal (que como dije más arriba, debe respetar la diferencia), de todo Yo en beneficio de un “nosotros” (la consigna “vamos juntos” utilizada en la política), sin el rostro ni destino humano. Bodei sostiene que la voluntad de “hacer creer” está volviendo a aparecer, ahora ya no solo en las religiones sino como instrumento de la política. Esto es central a la construcción del sujeto del consumo. Señala este autor: *“En varias capas sociales del primer mundo la sociedad resuelve hoy las necesidades primarias (alimento, sexo, diversión, entretenimiento) con tan prepotente y exhaustiva efectividad, que multitudes fisiológicamente satisfechas, asisten a una asombrosa vulnerabilidad y disponibilidad para masificadas formas de colonización de sus conciencias”*. Toda esta colonización lleva a una cierta servidumbre voluntaria.

Desde la perspectiva del psiquismo el psicoanálisis mostró que esta posibilidad está ligada indiscutiblemente a la ambigüedad de nuestra condición humana, al paradójico objeto de nuestro deseo que encuentra en la sumisión no sólo motivo de sufrimiento sino, al mismo tiempo, de goce. Y la parte de no goce parece inseparable del alivio de delegar a una instancia externa al sujeto el peso de la libertad y la proyección de toda responsabilidad, como ya mencione antes. *“No hay*

causas oscuras, hay un papel determinante desempeñado por el cálculo racional de los intereses, la fuerza de la convicción y el impulso de pasiones cultivadas con todo cuidado, como el odio, la envidia, la ambición o la esperanza” (R. Bodei). No caben dudas acerca de que en los últimos años los grandes colectivos humanos, el sindicato, el partido político, organizaciones sociales, y otras experiencias comunitarias, han ido atenuando, a veces perdiendo, la función de la solidaridad, el reclamo común por proyectos de vida más justos e igualitarios. La misma lucha en salud mental por el respeto a los derechos y la dignidad de quienes padecen sufrimiento mental, la perspectiva de la integración socio-comunitaria (como se logró plasmar en la Ley Nacional de Salud Mental en Argentina), y el acoplamiento de estas propuestas a las luchas por el reconocimiento y la igualdad, se encuentran amenazados por las políticas pro mercado y la promoción del individualismo de los gobiernos que llamamos neoliberales, que nada tienen que ver con el liberalismo de Locke. El actual narcisismo e individualismo y aun las crisis de las identidades, son concomitantes con esta desactivación de los proyectos solidarios de las propuestas comunitarias. Esto es a mi entender un terreno de debate y lucha en el seno de la política y las organizaciones sociales, no es concebible la abolición de los proyectos de vida que ellos representan, pero esta lucha es hoy, además de política, también cultural e incluye

una acción en el plano de los dispositivos de construcción de subjetividad. El narcisismo e individualismo actual tiene un cierto carácter defensivo, un narcisismo desencantado del mundo y del valor de la vida en común, altera la ética del compromiso y el respeto por el otro, del cual rechaza todo deber y tiende a sentirlo como no responsabilidad tanto respecto de la política como en la pareja, la amistad, en aquellos planos donde debe asumirse la vida en común. Son frecuentes estos sujetos que confunden su aislamiento con su autonomía o mayor libertad: evitando caer en la solidaridad de un nosotros caen en la masificación del consumo, los psicotrópicos y el entretenimiento. F. Berardi (Italia, 2008) denomina a estos como la “masa de conectados” sin vínculo emocional o afectivo con otros, incluidos en la gran cadena de imágenes que constituyen en la actualidad “lo público”. Este sujeto del narcisismo de masa deja afuera aquello de la historia social y familiar, su pertenencia a un territorio de vida y una filiación, para ingresar en un mundo plástico, flexible, reciclable, de videos, imágenes rápidas para incluirse en las cadenas virtuales, salen por las redes de internet mostrando sus viajes, sus bailes, sus fiestas, y a veces el sexo. Si la experiencia de la modernidad estaba hecha de acero y cemento, la cultura de la masa narcisista está hecha en plástico degradable.

Está claro que este individuo narcisista, con identidades frágiles y múltiples, con su rechazo a asumir un nosotros en todos los planos de la vida, no borra totalmente su sí mismo, su individualidad. En cada uno de estos individuos se mantiene, aun cuando expulsado de la conciencia actual, una historia propia de acontecimientos vivenciados a lo largo de su vida. Ocurre que esa historia propia ya no sirve para integrarse a esta cultura, se la debe suspender o reprimir para avanzar con rasgos de identidad más aptos y funcionales hacia la imagen, los vínculos posibles, las ambiciones inmediatas o futuras, las aventuras del emprendedor en las búsquedas laborales o sexuales. El desafío para ellos es cómo “producirse”, para lograr relaciones guiadas por el interés o la necesidad inmediata. Esto hace necesario a la vez ignorar el deseo propio, que siempre e inevitablemente tiene un lazo con el pasado. La permanencia en el tiempo de la conciencia de ser el mismo individuo existe obviamente en la mayor parte de las culturas humanas, quizás sea esta cultura de la masa narcisista la que está obligando a cierta renegación de las experiencias vividas y de los acontecimientos en que se construyó la identidad personal (un libro que publique hace unos años tiene por subtítulo “La ilusión de no ser”). La lucha entre impulsos a la construcción de una autonomía reflexiva e impulsos hacia la abdicación del sujeto a todo vínculo responsable entre el Yo y el Nosotros, continúa hoy al menos abierta.

¿Por qué estas reflexiones en una revista de Salud Mental y Comunidad? Entiendo que estamos frente a una encrucijada frente a estos rasgos de la cultura actual que he sintetizado. En primer lugar enfatizar que nuestro modo de cuidar al otro no se trata de adaptarlo a una idea de normalidad que no existe, debemos inevitablemente respetar la diferencia, la singularidad plena del sufriente, ayudar al rescate o la construcción de una identidad y de una conciencia más racional de sí mismo, basada en su historia y su existencia real, sabiendo que la adaptación al contexto social, económico y simbólico en que vive no es ninguna garantía de salud mental. La particularidad de un pensamiento delirante (contra el cual ha centrado la psiquiatría su objetivo) no debe ser razón para aislar al sujeto en una institución e impedir su vida en comunidad. Rescatar los valores del sujeto liberal postulado por Locke tiene el sentido de centrar nuestra tarea en rescatar la capacidad de autonomía y libertad que pueda lograr el sujeto, contrario a la supresión de toda posibilidad de autonomía y despliegue de las capacidades en el nivel propio de cada uno que supone la internación asilar.

En segundo lugar estos rasgos nuevos en los sujetos que he llamado narcisismo de masa, debe alertarnos que las estrategias comunitarias no consisten en crear una identidad personal en base a una comunidad, cualquiera

pero especialmente de grupo identitario de autoayuda, sino en base a una historia siempre personal. Se trata de lograr en el nivel posible que el sujeto que cuidamos pueda integrarse a una vida en común que no suprima ni estigmatice su autonomía y pueda respetar las diferencias de su identidad personal.

Emiliano Galende

Marzo 2018

